

UNA OJEADA A LA
LITERATURA
ESPAÑOLA
CONTEMPORANEA

0.942

87

e.1

0.9

87

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO NACIONAL DE PANAMA

*Con todo cari
para el Director
Manuel de Jesus Quijano
de su invariable
S. J. Vernacci
Panamá, 27 de Mayo 1930*

UNA OJEADA A LA LITERATURA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA

POR

ENRIQUE RUIZ VERNACCI



MANUEL DE JESUS QUIJANO

PANAMA
IMPRESA NACIONAL
1930

A MANERA DE PROLOGO

Señor Doctor

Enrique Ruiz Vernacci:

Muy estimado amigo:

Pocos días antes de terminar el último año lectivo me dijo el doctor Moscote, Rector del Instituto Nacional, que usted, profesor de Historia de la literatura en dicho establecimiento, se proponía finalizar el curso dictando unas conferencias. Esta noticia me agradó mucho, tanto por ser yo Inspector de las clases de Castellano; como porque conocedor como soy de la preparación universitaria y académica de usted sabía que iba a pasar, escuchándolo, ratos instructivos y amenos.¹

En efecto, comenzó usted su tarea valiéndose de unos ligeros apuntes los que le servían para disertar hermosa y agradablemente sobre temas de alta literatura y de técnica literaria. Tanto más atrayente resultó su disertación cuanto que en el curso de ella sólo trató usted de literatos modernos de los últimos cincuenta años, consagrados casi todos por el consenso de la docta opinión pública, los cuales iba usted presentando uno a uno con sus características psicológicas, con sus genialidades y también con lo que usted juzga sus singulares defectos. Consideradas las cosas así natural es suponer que su trabajo debía resultar, como resultó, provechoso en sumo grado a los estudiantes y provechoso, además, a los que, sin serlo, procuramos, mediante juiciosa comparación, intensificar conocimientos y rectificar conceptos adquiridos.

Las conferencias, o cursillos, como las llama usted, van a ser publicadas, según informes que tengo, en forma de pequeño libro; y ello me obliga a dirigirle unas cuantas líneas, que no alcanzan a ser siquiera un ligero prólogo, pero que harán comprender a los lectores la simpatía que siento por una labor cultural, que redundará en beneficio de la juventud estudiosa; tanto más escasa hoy entre nosotros de enseñanzas instructivas y amenas, cuanto mayor es el prosaísmo y la intensa simplicidad, valga la paradoja, que se observan con patriótico dolor en el ambiente reinante, ambiente insulso y trivial como hijo al fin de conceptos faltos de idealidad o elevación.

Considero, mi amigo, que es lástima grande que usted no hubiese consagrado su laudable esfuerzo a la literatura y nada más que a ella, o que al pretender estudiar a sus autores predilectos no lo hubiese hecho con la imparcialidad ideológica que exige trabajo de la naturaleza del suyo. Con menos heterodoxia y con más imparcialidad podría haber preparado usted no una obra un sí no es "tendenciosa" sino una verdadera crítica literaria con propensión hacia determinados fines estéticos. Preparación de sobra tiene usted para ello.

No es del caso iniciar ahora discusión sobre algunos puntos esenciales de los tratados, a la ligera, por usted, que descansan en planos ideológicos y estéticos distintos de los que yo tengo por norma, y por eso voy a concretarme a dar sucintamente mi humilde opinión acerca de lo dicho por usted referente a algunos escritores y poetas a quienes usted admira y a los cuales comenta, en lo general, con talento y justicia.

El retrato de Unamuno es soberbio. No en balde para comprenderle usted bien penetró antes con incisiva inteligencia en todos los sectores luminosos y opacos de tan compleja personalidad. A usted, a pesar de todo, le seduce Unamuno. A mí, no. Admiro su gran talento, su sabiduría enciclopédica, su humanismo a la altura del de Erasmo, pero su carácter endiablado, su mal cubierta am-

bición, su permanente endiosamiento y sus "genialidades" me hace ver con frialdad sus libros. Y cuidado que los he leído con marcado interés y tengo varios de ellos en mis estantes. "En torno al casticismo y El sentimiento trágico de la vida" son libros que pueden atraer a los que tienen cara de libro, pero, con todo, no provoca digerirlos. Le repito: el retrato de Unamuno es soberbio y más que soberbio acabado.

Azorín. Las apreciaciones de usted acerca de este escritor singularmente ilustrado las suscribo sin reservas con el mayor gusto, salvo lo de que sea veneración ingenua y cándida el que un moralista sobrio y exacto como Azorín sea partidario en política de La Cierva, hombre íntegro de acción eficaz, que expresa sus conceptos con brillantez y con sinceridad.

Pío Baroja. Con este escritor mal humorado, extravagante, estafalarío, paradójico y subversivo no debe ponerse en contacto a la juventud. Ud. lo describe bien y la analiza mejor. Lo que Ud. dice de él y con tanta razón obliga a cerrar sus libros. Sobre todo, si se tiene en cuenta que en cuanto escribe predomina la incorrección gramatical y el mal gusto. La técnica que Ud. elogia en él es una técnica torpe que "luce" aun en "El Gran Torbellino del Mundo" que es la más elogiada de sus obras.

Valle Inclán. Este es sin lugar a duda un gran escritor. Escribe con donaire y elegancia, y el arcaísmo que se le censura es mina inagotable de bien hablar. Ud. con él es justo y sus apreciaciones, en lo general, revelan conocer su fecunda labor literaria. Un buen profesor de literatura debe tener cerca a este escritor que asombra por la fecundidad de su ingenio y por el acierto con que sabe poner los puntos sobre las íes en muy delicadas cuestiones.

Ortega y Gasset. Se merece cuanto Ud. dice de él. Con haber dicho tanto en su favor no lo ha elogiado lo suficiente. Este autor eminente es prueba irrefragable de que en España hay hombres capaces de medir su saber con

los sabios de los países más adelantados de Europa. En lugar de leer nuestros jóvenes a los Píos Barojas, tan abundantes en España y en América, debieran tener siempre a la vista a los Ortegas y Gasset, que también los hay por allá y por acá, como Eugenio d'Ors, por ejemplo, escritor también de nuestros días que debe ser leído y consultado por nuestra juventud. Sabe mucho, estudia bastante y observa más. Usa estilo elevado y magistral y su saber es imán irresistible para el que lo ha leído una vez.

Pasando a los poetas comencemos por Campoamor y Núñez de Arce... Al desdén con que Ud. los trata rectifico yo diciéndoles: que los "Pequeños poemas" acreditan en Campoamor la existencia de un gran poeta que domina todos los sentimientos, desde el trágico hasta el cómico, y cuyo talento superior tiene la rara habilidad de cambiar de forma, como Proteo; pero sin perder en lo más mínimo la integridad de su fuerza. No se inspira, por la general, en asuntos y objetos de vastos alcances, sino que, como dice muy bien Armando Palacio Valdés, "con ironía dulce, con una sensibilidad tierna, con una fantasía sana y equilibrada, Campoamor va recogiendo, al escribir sus Pequeños poemas, aquellas florecillas que no han conseguido fijar nuestra atención ni detener nuestro paso. Poco a poco forma con ellas un ramo, y al enseñárnoslo, nos estremece de placer y remordimiento. Aquí es una pobre joven que viaja en un tren expreso, herida mortalmente de un desengaño de amor. Allá es una novia que enrojece y tiembla y medita a la vista de un nido. Más allá es una pobrecita niña que espera a todas horas una carta que no viene. En todas partes lo humilde, lo pequeño, jamás lo brillante y elevado. Pero lo humilde surge al reclamo del poeta con proporciones grandiosas y llega a fascinarnos como lo más soberbio".

Y de Núñez de Arce que le diré: le diré que en mi humilde sentir Núñez de Arce es un poeta egregio, y soberano artista de la palabra, que con numen más apropiado para la poesía épica que para la lírica ha cantado en sus

versos el dolor, las dudas y las inquietudes de su tiempo, y con anatemas de alma retraída por los desengaños de la lucha, ha cantado también la justicia y la libertad.

Hermosas son las páginas de todas sus poesías políticas y filosóficas aún cuando se ven en ellas, de cuando en cuando, debilidades de un espíritu que no comulga con el alma universal, sino que rinde culto a sus particulares convicciones. Me gustaría verlo menos vacilante e incoloro, y más identificado con creencias que le obligaron a afirmar o negar con energía.

Quizá, en ocasiones degenera en seco o frío; quizá resulta en algunas de sus estrofas más intelectual que sensible, más sublime que tierno, más profundo en ideas que rico en sensibilidad; pero siempre es, artista o filósofo, creyente o escéptico, un poeta eminentísimo, el primero, sin duda, de la España fin de siglo diez y nueve.

Gustavo A. Becquer. A lo dicho por Ud. en relación con este poeta no tengo nada que añadir ni que quitar. Becquer, a la manera del poeta Hein extrae toda su inspiración, eminentemente subjetiva de sus propias entrañas; y bien sea llorando sobre las ruinas de sus ideales, o acariciando la visión fugaz de la mujer luminosa, que a todas partes le acompaña, sus versos pueden considerarse como la expresión más perfecta y acabada de la poesía pura, de la poesía del alma, que en el ilustre bardo español llega a su completo desarrollo.

Hablando del teatro dice Ud.: Es difícil hallar algo original y emotivo en la abundancia de comedias morales, dramas históricos, dramas románticos de López de Ayala, Tamayo y Baus, Ventura de la Vega y demás autores que sintetizan la literatura dramática antes del noventa y ocho.

La poesía dramática tuvo, y esta es mi opinión, después del período romántico, insignes cultivadores; pero ninguno se destaca con prestigio tan inmenso, con genio tan avasallador, como Tamayo y Baus. Es este, a mi jui-

VIII

cio, y no otro el dramaturgo español moderno que más se acerca al teatro de Shakespeare por su sublimidad y por su fuerza, por su manera franca y poderosa de crear caracteres y, sobre todo, por lo mucho que al pensar y al sentir vive dentro de ese elemento fijo del arte que se llama naturaleza.

El padre Blanco García dice en su historia de la literatura, al analizar *Locura y Amor*, que desde Calderón y López de Vega, acaso España no conoció cosa semejante. Y Fernández Flores en su estudio sobre Tamayo, habla también del citado drama en términos muy elogiosos, hasta el punto de que, abundando en ideas emitidas por un literato ilustre, afirma que tan admirable producción es grande por sí sola, y que no pertenece, por tanto, como algunos suponen, a una escuela determinada, sino que es fruto sazonado de todas las literaturas.

Afirmo yo que Tamayo y Baus es superior como dramaturgo a Echegaray, a pesar de haber sido éste muy aplaudido en su tiempo, cosa natural, y de haber obtenido el Premio Nobel. Aun en *El Gran Galeoto* el artificio aburre.

Los novelistas que Ud. enumera lo son todos de verdad sobresaliendo entre ellos, desde luego, Pereda y Galdós.

De Don Juan Valera dice el distinguido crítico chileno Jorge Huneeus Gana lo siguiente: "Las más acabadas novelas de Steendhal, de Balzac o de Bourgett, no vencen por cierto, ni en profundidad de análisis, ni mucho menos en primores artísticos de forma, a la pintura inmortal de los escrúpulos del seminarista don Luis de Vargas, de la pasión de Pepita Jiménez, del carácter y gusto inolvidables del simpático don Fresco, de las debilidades profundamente humanas de Constancita Araceli, de los enamoramientos y aventuras de La Heroína de la Nava, y muy particularmente, de las ambiciones, proyectos y descabros de todo género del insigne Doctor Faustino". Así, con este criterio, tan justo y tan acertado,

IX

juzga el señor Humeus Gana al polígrafo insigne, que si honra y enaltece mucho a España con sus altas cualidades de filósofo, humanista y crítico, no la honra y enaltece menos con sus indiscutibles méritos de novelista.

Y para terminar y no seguir aburriendo a Ud. copio en seguida lo que Ud. con tanta precisión y justicia dice de Menéndez y Pelayo al referirse a los críticos de España: "A los Saint Beve, Taine, Brunetiere en Francia, se les puede enfrentar don Marcelino Menéndez y Pelayo cuya obra es monumento de ciencia, de método, de humanismo auténtico. El genial erudito rehabilitó a los pensadores ibéricos: Séneca, Lulio, León Hebreo, Sánchez, Vives. Supo encontrar Menéndez y Pelayo la contribución de España en las grandes corrientes del Renacimiento".

A lo que me atrevo agregar yo que después de los conocidos ensayos de Luzán, de Moratín, de Quintana, de Lista, de Larra y de algún otro literato, la crítica que tiene por base el sentimiento íntimo, el análisis y la conciencia de lo bello, había quedado en España incierta, sin rumbos, limitada a la aplicación de viejos principios estéticos, y sólo en el cerebro de Menéndez y Pelayo encuentra fuerzas que definitivamente la regulan y organizan. Menéndez y Pelayo no es sólo gloria de España, es uno de los máximos adornos de la Europa sabia de los últimos tiempos.

Termino al fin pidiéndole excusa por la franqueza, desparpajo acaso, con que me he referido a un trabajo de Ud., hijo de su clara inteligencia y de su constante consagración al estudio de la literatura castellana. Ojalá no desmaye Ud. en una labor que por patriótica e ilustrada le agradará al país.

De Ud. atento servidor y amigo,

Nicolás Victoria J.

ACLARACION NECESARIA

Las páginas que componen este trabajo resumen las anotaciones que su autor tomara como preparación para un cursillo de tres conferencias que dictara al finalizar el curso de 1929-1930 desde la tribuna del Aula Máxima del Instituto Nacional.

La idea del cursillo aludido fue del Sr. Rector del plantel, Dr. J. D. Moscote, y su objeto el hacer pasar ante los cerebros de los graduandos de ese curso una película cinematográfica del minuto literario actual en España, que les sirviera de fundamento para estudios posteriores que alguno o algunos de los alumnos pudieran intentar en el correr de los años.

Sabe el autor de estas anotaciones que muy pronto parecerán viejas, anticuadas: el arte, el literario en particular, es dinámico: bellamente lo ha sostenido don José Ortega y Gasset; pero, con todo, cree dejar en ellas constancia de un punto de vista que obedece a varios lustros de lectura asíduas, de meditaciones reposadas, si no trascendentales, por lo menos cuidadosas, sinceras.

No pretenden estas páginas adornarse con galas retóricas: talvez parecerán escuetas, decididamente lacónicas, a la manera de los tradicionales telegramas; ya lo indicó el autor: el material que ha servido para hilvanarlas lo constituyó los apuntes entresacados de múltiples consultas, con no pocas observaciones particulares, un tantico desordenadas y talvez por ello más frescas, ausentes de

toda lima, copiadas de esas cuartillas que en todo instante le acompañan al hacer lecturas y estudios literarios, apuntes y observaciones que tuvo ante sí el conferenciante las tardes del veintiséis, veintisiete y treinta de Diciembre en la tribuna del Instituto Nacional.

No pretende, pues, el autor ofrecer una obra original: se trata simplemente de un trabajo de recopilación y ordenación. El curioso lector podrá hallar al final del librito una pequeña enumeración de los textos especialmente consultados o que pueden ayudar, en su papel de guías, a los que consagran sus actividades a estos menesteres literarios, de amplios y seductores horizontes:

PROEMIO

Expuesto el objeto de este opúsculo, que no es otro que el que inspirara el Sr. Rector del Instituto Nacional, Dr. J. D. Mocote, al idear el cursillo, cuya concreción son estas páginas, objeto detallado en la aclaración que antecede, queda por exponer el plan que se ha de seguir a lo largo de este trabajo que aspira a presentar un panorama de la literatura española contemporánea, título adoptado por Jean Cassou para su obrita editada por Kra, París, el año pasado, de sobra expresivo.

Se divide la materia en tres capítulos extensos, cada uno subdividido en diversos acápites, añadiéndose al tercero un epílogo dedicado a la novísima generación. El primer capítulo pretende presentar, en líneas generales, sin frenos de tiempo, inadecuados para la obra literaria, un cuadro en el que salten a la vista los rasgos esenciales de la literatura hispánica en los últimos años del siglo XIX, antes del 98. El segundo capítulo se preocupará de la generación del 98, renacimiento un tanto melancólico y re-

flexivo. El tercero de la nueva generación: el epílogo, ya se dijo, se reserva a la novísima, vaga, indecisa, sin definir aún.

CAPITULO PRIMERO

Lo primero que se ha de exponer es una serie de consideraciones acerca de España como valor espiritual: ello no constituye una novedad: Jean Cassou, es verdad que a la manera de un francés, lo hizo en el librito al que anteriormente se aludiera—"Panorama de la Litterature espagnole", Kra editeur, 1929—: no está demás que se intente al calor de la lengua de Cervantes, envoltura de otros sentimientos. El segundo acápite, huyendo poco a poco de la abstracción, examinará la literatura española antes del 98: la poesía, el teatro, la novela, haciendo resaltar la humana figura de don Benito Pérez Galdós. En tercer lugar se hablará de los precursores de la generación del 98, mejor expresado, de los que influyeron directamente en su ideario: en lo sociológico y político, Costa: en el aspecto crítico, Clarín: Ganivet en la concepción filosófica, fuente de lo que se logró después. Como contera se dedicará un recuerdo a Silverio Lanza, extraño personaje, ignorado, misántropo, altísimo pensador. . . .

España como valor espiritual

El concepto que se tenía de España en el extranjero antes del 98 era un concepto pintoresco del que todavía se conservan hoy rezagos. España era incomprensible: el país de la guitarra y el patio andaluz, del vino de Jerez y las mujerzuelas de rompe y rasga, con la navaja en la liga, el tipo de la Carmen de Merimée, es decir pura y falsa literatura. Los viajeros románticos—tales Borrow, Teó-

filo Gautier—interpretaron de manera distinta la península: no saludaron a Carmen, la cigarrera, pero tampoco se supieron salir de lo pintoresco: era el marco obligado. Es necesario leer las páginas que dedicaron a España aquellos escritores para percatarse de lo que se deja dicho. Barrés fue el primero que pasó de la epidermis pintoresca española, mas no dejó de hacer literatura. Sintió la emoción de Castilla, vasto paisaje desierto, y bebió en las noches toledanas licores exquisitos de emoción, quizá demasiado cargados de especias. Frente al pintoresquismo andaluz—Merimée—se alzaba un espectro nuevo, una tradición reencontrada, que era la llave de la rectificación—Barrés.

Guillén, de la novísima generación, ha hablado de la “fatalidad de ser español”. Viene a ser este concepto, que no se puede interpretar en sentido despectivo, algo así como la definición de un carácter: el ser judío o el ser ruso. Es posible que sea un exceso de suspicacia o de juventud la aseveración de Guillén: sin embargo, hay que confesar que se palpa una singular preocupación en los escritores españoles: en Gánivet, en Unamuno, en Ortega se gusta ese condimento, que al fin y al cabo no es distinto del que se saborea en las coplas de Jorge Manrique o en los tercetos de la famosa Epístola a Fabio. A qué obedece esa preocupación...? Alguién ha dicho que es el producto, aún amorfo, de la misión destinada a España: la idea en España es densa, como los metales más densos, compacta, resistente, profunda. La generación del 98 ha empezado a dar con la clave para el redescubrimiento de esa misión: Unamuno en “En torno al casticismo”, Gánivet en “Idearium” son los heraldos del despertar. Y habrá que fijarse en que uno de esos heraldos es un norteño, un vasco—Unamuno—y el otro un andaluz, un árabe—Gánivet—lo que explica la agitación que ha invadido a España entera. A esos dos espíritus altísimos han seguido los Machado; Azorín, el intérprete del paiseje, el exquisito levantino; Baroja, el enamorado de la aventura que nunca

será; y los nuevos: Ortega, el curioso perpetuo; Pérez de Ayala, ponderado y culto; Ramón Gómez de la Serna, laberinto maravilloso y milagroso, que, en su humorismo, es la enorme tragedia. Estos cerebros viven aislados, preocupados: la atonía, la ignorancia de la clase media, la indiferencia de la mayoría, la carencia de aspiraciones, los anonadan: logran interpretar, sin embargo, la vaguedad que es el alma popular. Son individualistas: hay más que individualismo en ellos: hay eso que ha explicado uno de su grupo con original acierto: adanismo. Cada escritor es un solitario, se encuentra en la actitud de un primer habitante del planeta, de Adán. No cuenta con escuela, con tradición, con experiencia: surge libremente y bruscamente. Piénsese en el típico caso Goya: cuando la decadencia de España era más clara, cuando en política y en arte, en literatura y en sociología, se seguían los rumbos más lamentables, en esos comienzos del siglo XX tristes y rotos, aparece, pletórico de genialidad, Francisco de Goya y Lucientes, asombro de la pintura de todas las épocas, sin antecedentes y sin consecuente: adánico.

Sin duda ese individualismo extremo, esa falta de apoyo del artista español, significa inconvenientes para la obra cultural, retraso; mas también es ventajosa de cierta manera: produce espíritus más originales.

Pasa algo así como angustia sobre la agitación intelectual del grupo selecto. Esa angustia es la que ha hecho decir a Unamuno en el Prefacio de su "Vida de Don Quijote y de Sancho": "Me pregunta mi buen amigo si conozco un medio de desencadenar un delirio, un vértigo, una locura cualquiera sobre estas pobres multitudes ordenadas y tranquilas que nacen, comen, duermen, se reproducen y mueren..." Es análogo el caso de José Ortega y Gasset: ensayista notable, colecciona sus ensayos en una serie de tomitos bajo el rubro de "El espectador" que constituyen espejos en los que va retratando la vida emocional que pasa ante sus ojos: edita la "Revista de Occidente", de lo más culto de Europa, donde se estudia minuciosamen-

te el pensamiento alemán, inglés, italiano, francés; pero vive desalentado por la indiferencia del ambiente, pensando en las minorías comprensivas. Hoy Ortega hace protestas de humildad: así dice: "El orgullo era una vieja pretensión de dirigir multitudes y hacer feliz a la humanidad...." El pensador debe sentir "su dignidad y su miseria, su virtud y su limitación".

Y, a qué se debe el silencio del público español ante sus representantes conspicuos...? Al particularismo de la raza...? A razones sociales...? A atraso respecto al progreso de su vecinos...? Unamuno ha lanzado esta pregunta significativa: Será preciso europizar a España o africanizarla...? Y Unamuno, paradójico y fiero, se ha contestado: "Es preciso españolizar a Europa...". No será factible, ni será conveniente, más, sin duda, es sugestivo.

Vive la cultura un minuto excepcional: está a punto de descubrirse el angustioso secreto español. El valor espiritual de España solicita su puesto en el mundo: la tragedia de sus escritores, de sus pintores, de sus músicos, se abre paso. La filosofía hispánica se va definiendo.

En primer término, la ausencia del realismo español, tan traído y tan llevado, es la gran paradoja. Para el español—se podrá añadir para el hispanoamericano...?—nada existe: la palabra "nada" es la de mayor raigambre hispaná. El español nace en la soledad: se dirige a su objeto directamente, sin intermedios. Recuérdese a San Ignacio, don Juan, Segismundo: éste acepta con la misma serenidad vivir un sueño que soñar una vida. Piénsese también en Don Quijote y en Santa Teresa. España coge lo concreto de la manera más inmediata: no tiene nada de intelectual....

El realismo de los novelistas de la picaresca no es realismo: es una soberbia, una brutal caricatura.... Qué diferencia entre estas novelas picarescas y las comedias de Moliere, las fábulas de La Fontaine, el "Gil Blas" de Le Sage....! A los pintores se les ha denominado realis-

tas... Dónde está el realismo del Greco...? Ese Enterramiento del Conde de Orgaz es la llamada más brillante al idealismo: de los caprichos goyescos no se hable: tan sólo hágase memoria de sus leyendas: "No abras los ojos", "No te aflijás", "Nada"... En Velázquez hay que reconocer cierta voluptuosidad del vivir, cierto divino esplendor, cierto lirismo como entre los venecianos o los flamencos... Pero cuando hace las experiencias más realistas, su obra disimula, en su extraordinaria perfección, un gesto de hastío: se diría que pregunta: No es más que esto...?

El nihilismo español es más extremista que el esclavo, más crudo. El sentimiento schopenhauriano de piedad no lo conoce el español: el eslavo sí. La obsesión que se expresa a maravilla el español es la de la muerte. En el Quijote existe como un poso, como un precipitado que dirían los químicos, que no es otra cosa que esa terrible vaguedad de la pisada de la Intrusa. El humor español tiene mucho de desesperación. Es indicativo por demás de la tragedia sentimental española ese cuentecillo que anda en boca de unos y de otros: el del campesino andaluz que sube a un triste vagón de ferrocarril de tercera clase, en una estación de su tierra bética, y exclama, ingenuo y sincero, al hundirse el tren en la llanura que lame el Guadalquivir: "Qué lejos está todo...!" Es el abandono, es la indiferencia, es el entrever a la Intrusa en el irse... Esa vida madrileña, perezosa e inteligente, siempre con la burla a flor de labio y el no darle importancia a nada y el reirse de todo, es otra prueba del humor desesperado español.

Pero en medio de este abandono, de esa desesperación, de ese atisbar a la Muerte, hay en el español un cariño extraordinario a la vida: de aquí su gallardía para la aventura... Quiérese más genio aventurero que ese de recorrerse la América? Salta la paradoja en España en todo instante: los grandes perezosos realizan obras formidables. El caso Lope de Vega no es único en España: ahí

está Calderón, ahí está entre los de hoy, Ramón Gómez de la Serna. . . . Qué escritor en cualquier literatura, sin excepción, puede presentar la cantidad de obras en calidad y en cantidad cual estos españoles. . . . ? Se desea recordar la vida de don Francisco de Quevedo y Villegas; además de su obra. . . . ? Es posible vivir con la intensidad que vivió ese hombre y dejar a la posteridad todo lo que él dejó. . . . ?

Obsesión de la muerte, amor a la vida, pereza, aventura: hay algo más en España: el espíritu de contradicción: examínese la obra y la vida de don Miguel de Unamuno: recuérdese su frase heroica refiriéndose a España: "España no es mi madre, no: España es mi hija. La llevo conmigo a todas partes. . . ." No se acaban los distintivos: se ha hablado de adanismo: pues su corolario: la no dependencia, la libertad. Y como España es paradójica, con facilidad se somete a la dictadura. Por sobre todo se palpa en España el absurdo: un absurdo simpático. Otra anécdota salta al estadio del discurrir: aquella del incendio de la Iglesia, el alboroto, el desconcierto: y de pronto el hombre que avanza entre las llamas y rescata la sagrada forma: aquel hombre era un ateo: el pueblecillo donde tal ocurría tenía que ser un pueblecillo español. Es imaginable una más absurda, rotunda paradójica que la de que los tres personajes representativos de la España del siglo de Oro sean Colón, el Greco, Felipe II, tres extranjeros. . . . ? Pero a todos absorbió España.

España es el desequilibrio, es el rostro trágico de la humanidad: su tesoro de emociones es inmenso: su valor espiritual, incalculable. En las concreciones a las que ha de llegar por necesidad este estudio se irá comprobando.

La literatura antes de 1898

Se denomina corrientemente generación del 98, aunque muchos de los incluidos protestan del mote, a un grupo de escritores que sin reconocer entre ellos lazo de principios

comunes, intentaron por medio de la literatura, más o menos desinteresada, reformar la conciencia española.

Y por qué fijarse en esta fecha exacta, el 98...? Porque en el año 1898 perdió España sus últimas colonias en América—Cuba y Puerto Rico—y merced a ese choque emotivo surgió el renacimiento intelectual.

Antes del 98 reinaba en la literatura española del siglo XIX una híbrida confusión: el academicismo, las tendencias didácticas y moralizadoras, el carácter pedestre, el aire provinciano, de pequeño clan, eran sus notas consustanciales: tal vez algo de ello reste en la literatura americana que aún se aprecia por muchos. La generación del 93 hace la literatura española más europea, más preocupada por el fondo y aún por la forma. Antes del 98 el escritor es insípido. La indiferencia de Europa le envuelve: es insoportable el espectáculo de esta España grande e inútil, ignorante, dominada por el caciquismo, por un militarismo sin prestigio, un clericalismo sin fé profunda, refugiada en discusiones de gacetilla y academias regionales, ha dicho alguien.

a) *La poesía.* Después del huracán romántico, la poesía—que había dado a Espronceda, el Duque de Rivas y Zorrilla, émulos de Byron, Lamartine y Hugo—se ensombrece, convencional y aburrida. José Zorrilla vive hasta 1893 y su gloria se refleja en el siglo como la de Hugo. No se puede olvidar a Zorrilla y a su Don Juan: su fama persiste en el instinto popular: es melodramática la concepción zorrillesca pero está llena de vida; es superrealista, más allá de su absurda simplicidad, excitante del pensar y del sentir con esa brutalidad fanfarrona que no se aflige ante el enigma de la muerte. En sus últimos años publicó don José “La leyenda del Cid” y “Granada” y prodigiosamente se sustrae al academicismo de la época.

La gran excepción lírica es Gustavo Adolfo Becquer—Sevilla, 1836-1870—: poeta de corte europeo, cercano a Heine y quizá más sutil y menos amargo que el alemán. Elévó una existencia lamentable, azuzado por la

pobreza. Fue un bohemio sin alegría que adoraba en las noches de luna de Toledo. Su obra es corta: una serie de "Leyendas" en prosa, pero intimamente líricas, con enorme predominio de la melancolía y de la fantasía; y unas sesenta "Rimas", cortos poemas sentimentales, de variedad rítmica melodiosa, composiciones apasionadas, irónicas, comparables a las del "Intermezzo" de Heine. Becquer es el gran romántico español: un poeta auténtico.

Campoamor y Nuñez de Arce—lo esencial de los "dos poetas y medio" que proclamaba Clarín—son mucho menos interesantes. Prosaísmo, burguesía, sentimentalismo enfermo, filosofía casera: eso es la Dolora, triste de rima y de ritmo, de don Ramón de Campoamor. Nuñez de Arce fue un hombre público y su poesía se resiente de eso precisamente: es oratorio en los versos, habilmente medidos, como lo fue en los discursos. Y la elocuencia en poesía está fuera de lugar.

b) *El Teatro.* En difícil hallar algo original y emotivo en la abundancia de comedias morales, dramas históricos, dramas románticos de López de Ayala, Tamayo, Ventura de la Vega y demás autores que sintetizan la literatura dramática antes del 98. Tal vez "Un drama nuevo" de Tamayo, ampuloso, pero con indudable teatralidad, sea lo más sobresaliente. Ahora que sin discusión el más aplaudido de los dramaturgos de la época fue don José Echegaray que en 1905 obtuvo el Premio Nobel. No fue un malogrado: nació en 1832 y falleció en 1916. Ingeniero, matemático, economista, fue ministro de la corona varias veces y no vino a consagrarse al teatro sino en la madurez. Su obra es fulminante, barroca. Lecturas de su ancianidad, escandinavas y alemanas—Ibsen, Sudermann—le dieron a última hora un aire simbólico que se patentiza en "El loco Dios" y "El hijo de don Juan". Es excesivo y artificioso. De cuando en cuando sorprenden en sus dramas trazos que recuerdan los de los autores del siglo de oro: quizá en "O locura o santidad" y en "El gran galeoto".

sea donde se aprecien mejor esos trazos. El verso echegarayesco es lamentable.

En los finales del siglo XIX llega a los escenarios el denominado género chico, la zarzuela en un acto, en la que se mezclan letra y música con vivacidad, frescura, malicia inimitables. Chapí, Bretón, Valverde, Chueca y algunos otros pusieron música a estas joyitas entre las cuales es inolvidable "La verbená de la Paloma"; libro de Ricardo de la Vega, música de Bretón. La zarzuela, el género chico, más ampliamente, tiene su origen en aquellos pasos de comedia de Lope de Rueda, en los entremeses cervantinos, en los sainetes de don Ramón de la Cruz.

c) *La novela.* En la novela de antes del 98 hay que hacer hincapié refiriéndose a sus cultivadores de la denominada generación del 68, año en que la Historia señala la gran campanada del destronamiento de Isabel II.

Juan Valera es de los más significativos novelistas del 68. Nació en 1824 y falleció en 1905 este literato andaluz, diplomático, viajero, de amplia cultura europea. Tal vez lo más interesante de su obra sea lo consagrado a la crítica que ejerció desde la "Revista de España". Demostración de su excepcional visual crítica se tiene en el detalle de que fue Valera el que descubrió a Ruben Darío cuando era más difícil descubrirlo, cuando imperaba un gusto por la poesía en España perfectamente divorciado del verso del nicaragüense. Escribe don Juan de una manera delicada, pulcra, abierta, levemente irónica, pero fría, demasiado académica, con una elegancia arcáica, saturada de humanismo, falta de vida. Su novela más elogiada ha sido "Pepita Jiménez", duelo un poquitín pedante entre el amor y la teología. "Juanita la Larga" es más aromática como suave idilio campestre. Recogiendo el movimiento cultural de Europa, tradujo capítulos del "Fausto" y sobretodo ese jugueteo exquisito que es "Dafnis y Cloe".

Pedro Antonio de Alarcón—1833-1891—andaluz como Valera, periodista, diputado, consejero de Estado, es

otro de los novelistas sobresalientes del 68. Su obra maestra es "El sombrero de tres picos", tradición popular novelada, viva, gentil, de milagroso colorido: se diría un Goya. Sin embargo la más leída de sus obras ha sido "El escándalo", de subyugante interés en el límite de lo detectivesco. Sus narraciones cortas son mejores que sus novelas de empeño.

José María de Pereda—1838:1905—es el pintor de su patria chica, de la montaña santanderina. El carácter regionalista de Pereda y sus opiniones reaccionarias reducen el interés de su labor; pero es un verdadero novelista. "Peñas arriba", especie de autobiografía, y "Sotileza" son libros poderosos, contruidos con minuciosidad, con lentitud humorística, características del auténtico novelista: su piensa al leer a Pereda hoy en un Marceló Proust embrionario, menos doloroso y exacto que el escritor francés. Cada uno de los personajes peredianos es materia novelable.

Se puede añadir a los tres autores mencionados como significativos el Jesuíta Luis Coloma, cuya novela "Pequeñeces" obtuvo en su día un éxito de escándalo, por ser obra de clave en la que intervienen figuras aristocráticas de la época de Amadeo. El P. Coloma se dedicó también a estudios históricos y tiene cuentos notables. Su estilo es endeble, repleto de galicismos, pero conserva una simpática amenidad. También es lógico citar a la Condesa de Pardo Bazán—1851-1921—escritora original, sabia, amplia de espíritu. Sus novelas siguen los gustos de la época, pero no los del vulgo, sino los selectos: ella introdujo el naturalismo en España, publicando estudios notabilísimos sobre esa escuela y su desarrollo en Francia. Desempeñó por varios años la cátedra de Literatura en la Universidad Central de Madrid y colaboró en múltiples revistas: sus cuentos constituyen tesoro de la literatura castellana. Y por último se ha de mencionar al decano de los novelistas hispanos, recuerdo de una generación que duerme de tiempo atrás: don Armando Palacio Valdés, nacido

en 1853. Monótono, cursiloncillo, aburguesado, don Armando conserva un público de lectores muy suyo. "La hermana San Sulpicio" es quizá su novela más citada; pero, sin duda, son superiores sus recuerdos personales reunidos en tres tomos o cuatro: "Papeles del Dr. Angélico", "Años de juventud del Dr. Angélico", "La hija de Natalia" y "La novela de un novelista". Sus últimos libros indican franca decadencia aún para sus decididos admiradores. Ha sido Palacio Valdés muy traducido a lenguas extranjeras.

d) *Pérez Galdós*. Don Benito Pérez Galdós, nacido en las Islas Canarias en 1843, es una de las grandes figuras de la literatura española de todas las épocas que puede colocarse al lado de las de Tolstoi y Balzac, como representativa de una raza. Galdós murió en 1921, ciego, quizá porque vió demasiado. Es extensísima la obra de Pérez Galdós. Sólo sus "Episodios nacionales", historia novelesca del siglo XIX español, forman cuarenta y ocho tomos. Sus series de novelas son la demostración de su formidable espíritu de trabajo. Cultivó también el teatro, renovándolo. Del endeble teatro español de antes y después del 98, será lo de Galdós lo único que sobresalga, lo único que quede...; En toda la obra de Galdós hay un gran calor de alma, ése que enamora en Dickens; y Galdós es más poeta, más sutil en sus visiones y fantasías intercaladas tanto en su teatro como en su novela. Se palpa en Galdós esa ilusión vital que es el distintivo del Quijote, del Segismundo de la "Vida es sueño", del protagonista de "Niebla" de Unamuno. Galdós fué genio urbano. Pintó Madrid, su Madrid, con estilo vivaz, incorrecto puede ser, pero lleno de fibra, de ironía, de modernidad. Tiene el secreto del interés que seduce en un Tchekhoj, en un Hardy. Sería inútil intentar citar sus principales novelas... Son tantas... Las más leídas, fuera de los Episodios, son "Fortunata y Jacinta", "Angel Guerra", "Nazarín", "Misericordia". Entre sus obras teatrales no se pueden olvidar "Realidad", "El abuelo", "Alma y vida", "Amor y ciencia". Si Pérez Galdós no se hubiera dis-

tinguido como un anticlerical ingénuo y un republicano más ingénuo todavía en aquellos años españoles de extraordinario y triste fanatismo, su fama hubiera ungido a su patria.

Los precursores del Renacimiento del 98

Una inquietud, un pesimismo feroz, anuncian la gran conmoción intelectual que había de producir el desastre del 98. Un género literario toma importancia enorme: el ensayo. El ensayo no es otra cosa que una manera directa y cómoda de expresar puntos de vista personales sobre diversos problemas artísticos, políticos, sociológicos de actualidad.

a) *Costa y Clarín.* El problema nacional surge con las obras de Joaquín Costa, sociólogo y jurisconsulto, sobre todo con su "Teoría del hecho jurídico y social". De Costa es la célebre frase renovadora, que pretende encontrar nuevas savias y no únicamente las tradicionales: "Es preciso cerrar con doble llave el sepulcro del Cid." La influencia de Leopoldo Alas, Clarín, es más literaria. Sus mordaces artículos de crítica, sus cuentos, casi aguafuertes, como "Pipa" y "El gallo de Sócrates" son buena prueba de ello. Clarín dejó también una novela naturalista: "La regenta". La preocupación de los males de España es lo que nutre la obra constructiva en su destrucción de Costa y Clarín. Y hablando de preocupación nacionalista no es posible dejar de consagrar un recuerdo a la mentalidad poderosísima de aquel romántico de comienzos de siglo: Mariano José de Larra, el atormentado Fígaro. El amargo suicida tenía una formidable sed de ideales. Realmente el resurgir de España es un paréntesis de suicidas: de Fígaro a Ganivet.

b) *Angel Ganivet.* Es el legítimo precursor de la generación de 98 Angel Ganivet, si bien su "Idearium español" apareció después de "En torno al casticismo" de Unamuno. Nació en Granada, en 1865, se suicidó en Riga, en 1898, desempeñando el cargo del Cónsul de España en

aquella ciudad. Como Cónsul también estuvo en Amberes y en Helsingfors. Hombre de excepcional vida sentimental, se arroja a las aguas del Dvina en un instante de exaltada neurosis.

Su obra es rápida, desordenada, contradictoria, mas siempre genial. Su correspondencia con Navarro Ledesma y con Unamuno es interesantísima. Ganivet es un preocupado, un curioso. Sus influencias más marcadas son Séneca, Nietzsche, Renan. Además del Idearium y de sus cartas ha dejado dos extrañas novelas, que casi no se puede denominar novelas: "La conquista del Reino de Maya" y "Los trabajos del infatigable creador Pío Cid". El primer libro tiene mucho de alegórico: el segundo retrata al formidable ironista: un ironista que se coloca en la senda de Cervantes, Galdós, Baroja, Pérez de Ayala. Recientemente se publicó un drama inédito de Ganivet, "El escultor de su alma", aromado de un misticismo simpático. En Ganivet hay que hacer resaltar su ambición por atesorar esencias españolas constructivas, y su gusto por las cosas totales, por las abstracciones.

c) *Silverio Lanza*. Antes de dar fin a este primer capítulo es oportuno dedicar unas líneas a esa sombra extraña y casi nórdica que fue Silverio Lanza, el solitario de Getafe, pueblecillo polvoriento y triste, cercano a la capital de España. Azorín y Ramón Gómez de la Serna han hecho luz sobre la existencia misteriosa de este extravagante, fiero y misántropo. Las ideas y los sentimientos de Silverio Lanza los han recogido las generaciones posteriores con veneración.

CAPITULO SEGUNDO

Pretenden estos esquemas panorámicos constituir una especie de guías para el encariñado con estos asuntos de la literatura española contemporánea: por eso en ellos se ideas, que a lo que tenga otra importancia. Disculpe esta atiende más a lo que puede ser guía, senda, trillo de las

observación las ausencias de personalidades que en otro género de trabajo sería indisculpable omitir.

Se ha definido anteriormente lo que se entiende por generación del 98: también se ha insistido en sus anhelos: la reforma de la conciencia española. Esa reforma de la conciencia española se inicia merced a la sacudida de la pérdida de las colonias y como su consecuencia derrotista. Analizados los predecesores en el anterior capítulo, Costa y Clarín y, sobretudo, Ganivet, es necesario enfrascarse ahora en lo auténticamente 98.

Y para ello se adopta la manera de los retratos, unos retratos un tanto apasionados de sus figuras cumbres, o por lo menos más dibujadas: Unamuno, Azorín, Baroja, Valle Inclán. Sin incluirlo en la generación del 98 no es posible dejar de citar a Vicente Blasco Ibáñez, antes de ocuparse del Renacimiento poético.

Aunque estos apuntes se concretan a la literatura española, el nombrar y estudiar a Rubén Darío hablando de la lírica en el idioma de Cervantes es de rigor: con Darío surgirán los Machado, Juan Ramón Jiménez.

Por último el Renacimiento Universitario será levemente esbozado: tanto en sus predecesores, Menéndez Pelayo, Sanz del Río, Giner de los Ríos, como en el producto de sus doctrinas: Cossío, Menéndez Pidal, Navarro Tomás, Américo Castro, Rodríguez Marín, Francisco de Icaza, Cejador.

El saludo final del capítulo estará dedicado a don Santiago Ramón y Cajal, el Himalaya de la ciencia hispana.

El 98

Con los cuatro nombres de Unamuno, Azorín, Baroja y Valle Inclán se puede definir el Renacimiento del 98, no olvidando que Valle jamás ha dedicado su atención al problema nacional español, preocupándose únicamente por la literatura pura. Los otros tres escritores represen-

tan el aspecto ideológico del movimiento, y si cabe añadir un nombre sería el del ensayista Ramiro de Maeztu. En el capítulo tercero se volverá sobre esta figura de Maeztu, tan digna de atención. Se coloca también entre los colaboradores de los mencionados, en la rama poética y dentro de la ideología vaga del 98, a los Machados y a Juan Ramón Jiménez, de los que se tratará en el acápite dedicado al Renacimiento poético.

Como se dijo, parece lo más oportuno al tratar de los cuatro escritores especialmente aludidos ofrecer una especie de retrato espiritual de cada uno, y huyendo de la enumeración detallada y minuciosa de sus obras, tratar de dar una idea de su humanidad, su esencia individual, sus intenciones: sobretodo en lo que atañe a Miguel de Unamuno es lo más claro: más esencial que las obras mismas es analizar la situación que ellas ocupan en la evolución de los géneros literarios.

Miguel de Unamuno. Don Miguel es vasco. Nació en Bilbao en 1864. En 1889 hizo un corto viaje por Italia y residió en París. En 1891 se casó: en la actualidad tiene ocho hijos. Ese mismo año de 1891 obtuvo la cátedra de griego en la Universidad de Salamanca, "omnium scientiarum princeps". Salamanca ha prestado el decoro que se habitúa el lector a encontrar en la obra de don Miguel. Guarda en su espíritu algo de don Quijote. . . . No habló un día don Miguel en pleno campo salmantino, bajo la sombra de los árboles añosos, como el caballero de la triste figura a los cabreros, a las gentes castellanas. . . . ? En 1901 fue nombrado rector de la Universidad, y en 1914 destituido después de violentas polémicas. En 1924, el Directorio que encabezaba Primo de Rivera lo deportó a Fuerteventura. Después vivió en París y en Hendaya. Cuando se arreglan estas cuartillas para su publicación ha regresado a España. Tiene publicados multitud de ensayos reunidos en varios tomos: es la parte trascendente de su obra. Varios libros constituyen verdaderos ensayos extensos como "En torno al casticismo", "El sentimiento trágico de la vi-

da", "La esencia de España", "La Agonía del cristianismo", "La vida de don Quijote y Sancho Panza". Agréguese la serie de novelas: "Paz en la guerra", "El Marqués de Lumbría", "Abel Sánchez", "Amor y Pedagogía". También ha escrito versos, duros quizá, pero de una enorme sugestión. Esto es, en resumen, la vida y la obra de Unamuno. Es decir, lo externo, nada. Ahóndese ahora en su personalidad.

Cuéntase de San Agustín que una de sus grandes preocupaciones era el pensar qué hubiera sido él sin la rectificación que su conversión al cristianismo significó en su vida, y él mismo hace notar la curiosidad, la emoción con que siguió el desarrollo de la existencia de un su amigo hasta su muerte, meditando que no de otro modo hubiera caminado su senda. Miguel de Unamuno tiene mucho de San Agustín y no poco de Juan Jacobo: en todo instante está absorbido por la contemplación de su propio milagro, no pudiendo soportar el no ser eterno. El orgullo de limitarse, de resolver en lo íntimo de su ser la creación entera, contrapesadas estas abstracciones por el nacer, y el morir que comparte con los demás seres, es el drama explotado en todo sentido y en todos los tonos a través de la obra unamunesca.

Para penetrar, para comprender a Unamuno, no se puede prescindir ni de sus cualidades, ni de sus vicios; ni de su soledad, ni de su avaricia necesaria y terrena; la envidia, esa hija de Caín que en el poema de Machado extiende su sombra por la desolación del desierto castellano, vive en el pensamiento de don Miguel y también esa cierta pasión que alguien ha llamado amor y que no es otra cosa que el ansia de la propaganda de la carne que se asegura debe de resucitar el último día—consuelo más cierto que el de la inmortalidad del espíritu: todo un mundo absorbente y su yo, con sus pecados y sus virtudes, que no coinciden con los de la teología ortodoxa. . . . !

Unamuno es esto: la humanidad que confiesa, que no ha cejado de confesar y proclamar, pensando conferirle

una existencia, hacer una creación que linda con la apoteosis, con la deificación, con la organización divina, máxima paradoja. Por este perpetuo análisis y sublimación de sí mismo, Unamuno es testigo de su eternidad. Es eterno como todas las cosas en él son eternas, como lo son los hijos de su espíritu, tal ese personaje de "Niebla" que le arroja a él mismo ese grito iluso y magnífico: "Don Miguel, yo no quiero morir. . . !": como don Quijote viviendo aún sobre el cadáver del pobre Cervantes: como España, no la de los príncipes, sino ésta que él lleva en sus destierros, que él hace cada día, en cada uno de sus escritos, con la lengua y con el pensamiento, aquélla de la que pudo decir que era su hija y no su madre.

Unamuno se añade al grupo de hombres que han ensayado retener un poco de su trágica aventura en esa humanidad que se escabulle vertiginosamente: a los Shakespeare, a los Pascal, a los Nietzsche: significa la misma avidez desesperada. Protesta siempre. Su protesta llega hasta Dios, no hasta esa quimera fabricada a golpes de endecasílabos por los metafísicos borrachos de logomaquias, sino hasta el Dios español, el Cristo de los ojos de vidrio, los cabellos naturales, el cuerpo articulado, hecho de tierra o de madera, pintado, sangrante, con un paño que le rodea los riñones, Cristo que se halla entre las cosas familiares y que como ha dicho Teresa de Jesús, se puede encontrar hasta en la olla. . . . Tal es la agonía de don Miguel, hombre de lucha, en lucha consigo mismo, con su pueblo, contra su pueblo, hombre hostil, hombre de guerra civil, tribuno sin partidarios, hombre solitario, salvaje, orador en el desierto, provocativo, paradójal, inconciliable, irreconciliable, enemigo de la negación y atraído irremisiblemente por ella, inquieto entre la vida y la muerte, muerto y resucitado juntamente, invencible y siempre vencido. . . .

Será muy difícil analizar esos dos capítulos, los clásicos en los estudios refiriéndose a la personalidad de don Miguel de Unamuno: el hombre y las ideas. Sencillamente

porque Unamuno no tiene ideas: él es las ideas. Hay que analizar las palabras de Unamuno. Por algo ha dicho Pascal: "Los sentidos reciben de las palabras su dignidad en lugar de dárselas a ellas..." Las ideas se desarrollan en Unamuno con las palabras maravillosas: es todo fondo: en sus paseos por Salamanca se encuentra con Cervantes y Fray Luis: sus viajes le trasladan a Port Royal, a Atenas, a Copenhague, patria de Soren Kjerkegaard. La ausencia de las ideas, este monólogo personal que las transforma todas en algo intenso, suyo, problema íntimo, pasión quemante, sorprende a los franceses amigos de las conversaciones, del cambio de impresiones, de la dialéctica, de las encuestas... Qué hacer con este español de los soliloquios que no quiere morir...?, se pregunta Jean Cassou.

En la vida de todo hombre hay como una pérdida de energía: sólo las excepciones la almacenan. Así Unamuno: Unamuno no quiere entrar en la historia. Defiende su persona, la afirma. Si hace política no se entiende con ningún político: los decepciona a todos: sus polémicas se pierden en la confusión, porque en el fondo es con él mismo la polémica. El Rey, el Dictador, los haría por su gusto personajes de su mundillo interior: como lo ha hecho con Kant o con Don Quijote. Unamuno no se entiende con su contemporáneos. Político para quien las fórmulas de interés general no representan nada; novelista y dramaturgo que sonríe de lo que cuenta con la observación de la realidad y el juego de las pasiones; poeta que no concibe ningún ideal de belleza soberano; feroz y sin generosidad; ignora sistemas, principios, todo lo exterior y objetivo. Su pensamiento, como el de Nietzsche, es impotente para expresarse en forma discursiva. Es un pensamiento exegético, que necesita de la contradicción. Unamuno no ha hecho en su obra más que comentarios: comentarios a don Quijote, al Cristo de Velazquez, a las golondrinas de Becquer, a los discursos de Primo de Rivera; a todo lo que afecta su integridad, su conservación, su vida terrestre y futura. Don Miguel es un poeta circunstancial: no como

Góngora para el que la poesía era alimento ideal de sí misma: recuérdense sus versos tormentosos de Fuerteventura, los que hablan de su infancia, de su destierro, de su fe, de sus esperanzas, de sus dolores. El verso de Unamuno es un motivo para volverse a decir, para reencontrarse.

Siendo un humanista formidable, odia dos ciencias en particular: la sociología y la pedagogía. No acepta reglas porque no quiere caer en el ridículo. Don Quijote ignoraba este escollo del ridículo: Unamuno quiere ignorarlo. Y conoce todos los peligros, salvo éste.

Miguel de Unamuno está maravillosamente concretado en su figura física: pertenece a la raza de los Kjerkegaard, del Brand de Ibsen, del P. Loyson: nervioso, alto: ni en la nieve aguanta el abrigo. Con Unamuno se palpa el fondo del nihilismo español. No hay minuto inútil para él. Todos los emplea en ser el mismo. Qué más pedir a una vida...?

Azorín. Azorín representa en la geografía literaria española la provincia de Alicante, transición entre Castilla, la trágica, y el Mediterráneo, el plástico. A esto cabe atribuir el sabor, la voluptuosidad, la pasión por lo concreto de este escritor. Azorín ha roto el tradicional período español inaugurando la frase corta, simple, seca: huye de la oración clásica, de verbo repetido, en un estilo obsesionante. Azorín posee el genio de la insignificancia. Es la limitación. No puede, ni quiere, ir más lejos.

José Martínez Ruiz nació en Monóvar, en 1874: es académico hace tiempo. En el Interior de su pequeño mundo, estrecho y cotidiano, está completamente a gusto, resignado, bondadoso, siempre asequible a la emoción. Su visión es continuamente precisa: su respiración regular y satisfecha. Azorín, como Unamuno, como Ortega, también ha comentado el Quijote; mas sus glosas son las del peregrino, fervoroso devoto, no las del filósofo. He recorrido los lugares santos que conservan las huellas de las pisadas del inmenso loco y ha extraído de su deambular

Baroja es anarquista, como en Francia se era voltteriano. Y Baroja se ha vengado de su pesimismo inventando héroes, estos vascos deliciosos de sus ficciones: anhela don Pío niesztschinizar España. Todos sus héroes blasfeman, niegan, se agitan. La acción por la acción es el ideal barojiano. La impresión de velocidad de las novelas de Baroja deja un poso: el de que esa invención no es más que un acto de desesperación.

Toda la obra de don Pío tiene un cierto sentido quijotesco, deambulatorio: se encuentra, además, un fondo de novela picaresca en sus páginas. Le encantan esos personajes trasladados a "La Busca", a los Paradox, que se dirían amigos de Guzmán o de Lazarillo. En ocasiones la obra de Baroja tiene aire de reportaje brutal. En todo instante hay un ansia de aventuras que el autor no ha podido vivir y que se las entrega a sus personajes para que las vivan.

Baroja fue escogido como el mejor novelista en encuesta llevada a cabo hace unos años por cierto diario madrileño: no es un disparate si esa encuesta se refería al creador de personajes diversos y bien caracterizados. Su galería es extensísima, incomparable, mayor que la de Dickens. Sus libros parecen albums desordenados. Desprecia las leyes de la sintaxis, de la composición, de todo, pero su técnica es la más fuerte técnica, se reconoce entre mil y es maestro en atraer el interés del lector y en conservarlo. Baroja tiene el mismo aroma de Stendhal. Se descubre en todos los personajes que describe. Se ha acusado a Baroja de escribir mal: lo mismo que a Stendhal. Siempre envió de paseo a la gramática. Y con todo, nos sorprende con absoluto dominio de la frase, con notas espléndidas de estilista: recordemos las estampas de "El gan torbellino del mundo", el elogio del acordeón de Paradox. Baroja no escribe mal: lo que sucede es que no utiliza el potingue a la manera de un Ricardo León, por ejemplo: huye del academicismo y se enfrenta a una estética pura que no logrará atrapar siempre, pero que le ofrece márgen para máximos aciertos.

Valle Inclán. Nació don Ramón del Valle Inclán en Puebla del Caramiñal, Galicia, el año de 1869. Es Galicia la sección más lírica y soñadora de la Península Ibérica merced a su paisaje. Valle Inclán pasea su imagen pomposa y magnífica por la vida decorada con anécdotas, impertinentes la mayoría, pero anécdotas al fin. Su porte caballeresco, su barba de Cristo, su melena o su cabeza rapada, la leyenda de la pérdida de su brazo, sus juicios sacrílegos sobre Cervantes, ayudan a la anécdota. El personaje tipo de sus famosas Sonatas, el Marqués de Bradomín, ha querido ser una réplica de sí mismo. Si bien de ese Marqués de Bradomín cabe encontrar raíces en el Abate Casanova o en ciertas novelas de D'Annunzio. Sus Comedias Bárbaras, que giran alrededor de esos extraordinarios personajes que son don Juan Manuel de Montenegro y sus hijos, son quizás, superiores a sus Sonatas: don Juan Manuel es una especie de Rey Lear, extraño y feroz.

El estilo de Valle Inclán es enfático y arcaico, pero provisto de una elegancia y una gracia singulares. Se conserva magnífico lo mismo en sus novelas, que en sus cuentos, que en sus comedias bárbaras, que en su Teatro para ser representando, que en sus versos. Asombra la facilidad con que consigue emocionar a fuerza de la gala en el estilo. Su prosa es el lujo de la existencia; y su verso es el más hermoso jugueteo. No es la originalidad una de sus virtudes. Sus libros, que suman bastantes tomos, se podrían reducir a cuatro o cinco a lo más. A pesar de su edad, este maravilloso artista vive en continua renovación. Sus últimas obras lo proclaman: "Tirano Banderas", los tomos publicados de "El ruedo Ibérico", constituyen lo más exquisito de la obra valleinclanesca.

Blasco Ibañez. Autor de fama mundial, cosmopolita, a Vicente Blasco Ibañez es necesario restituirlo a su patria. Con todos sus defectos, con su prosa monótona y cuajada de gerundios, este valenciano auténtico, moro, mediterráneo, político y luchador, viajero, fundador de pueblos en la Argentina, representa una fuerza novelesca de

primer orden. Enamorado de la gloria, este gran novelista puede estudiarse por etapas en su obra. Primero fue la novela regional su obsesión: de ahí esa serie admirable que comienza en "La barraca" y sigue en "Cañas y barro", y "Arroz y tartana" y los "Cuentos valencianos": en segundo término, la novela de tesis, la influencia de Zola: ahí están "La Catedral", "El intruso", "La horda": más tarde el giro d'annuntesco: "Entre naranjos" es el tipo: la boga de Sienkevitz: "Sonnica, la Cortesana": luego los viajes, la Argentina: "Los argonautas", "La tierra de todos"... Por qué no la españolada...? "Sangre y arena" obedece a ello: llega la guerra, y Blasco Ibáñez encuentra su novela de la guerra: "Los cuatro ginetes de la Apocalipsis", "Mare Nostrum": ya en la plena gloria, en posesión de la popularidad, del dinero, se agarra a la novela histórica: "El papa del mar", "A los piés de Venus", "El tesoro del Gran Khan" y las que han de venir que nacen después de su muerte. Don Vicente es la esencia del novelista, es de un españolismo básico: su vida es su mejor novela y él no podía ser otra cosa que novelista....

EL RENACIMIENTO POETICO

Rubén Darío. En el panorama del renacimiento poético no es posible ignorar el nombre de Rubén Darío. Ocupa el primer lugar ese poeta que llega a Europa desde la América, bebe la más rica corriente de la poesía francesa, frecuenta el barrio Latino de la Ciudad Luz, toma del simbolismo lo bueno y lo malo y transporta a la retórica castellana todo lo que de inquieto y sutil halla en la francesa. De esta rica mezcla lírica surgió la moderna poesía española. Hay que añadir que el temperamento de Rubén Darío es lo más poético que cabe imaginar: con sus defectos y todo, es comparable a Verlaine. Poseía una intuición extraordinaria del ritmo y del color. Darío es el tipo del hombre elocuente, sensible, pomposo, eternamente accesible a la sonoridad de las sirenas; era un exquisito, adolorido, débil, complicado como Lelian: su vida es la

vida del clásico bohemio. Tal vez su gran mérito poético reside en su prodigiosa calidad de invención rítmica. Puede afirmarse que Darío fue el que extrajo a la poesía española del marasmo académico en que estaba hundida: es el mejor elogio que del nicaragüense cabe hacer. Sus dos libros cumbres son "Prosas Profanas" y "Cantos de Vida y Esperanza": los primeros fueron "Epístolas" y "Poemas y Abrojos": el de la iniciación "Azul": los últimos "El canto Errante", "Canto a la Argentina y otros poemas" y "Poema de Otoño". Entre su prosa, de un extraño sabor afrancesado y sin perder su encanto poético, "Los raros" es lo más leído.

Antonio Machado. Nacido en Sevilla Antonio Machado en 1875, ha vivido en Castilla y ha interpretado Castilla. Se dedica al profesorado habiendo desempeñado la cátedra de francés en diversos institutos hispanos: en la actualidad trabaja en Segovia. Su obra no es muy extensa, pero sí exquisita: "Soledades", "Galerías", "Campos de Castilla" y dos ediciones diversas de sus "Poesías completas", la una bien reciente; eso es todo. En unión de su hermano Manuel, otro gran poeta que ha seguido siendo muy andaluz, ha hecho obras teatrales: la última "La Lola se va a los puertos . . ." basada en una copla flamenca, ha constituido uno de los grandes éxitos de la temporada teatral iniciada en Octubre del año pasado en España. Vagamundos como Verlaine, pero no tempestuoso, pasea las calles de noche cual un fantasma. Sus poemas son temblantes, tristes, emocionados. Sus últimos versos huyen de ese aire de sueño inexpresable: se diría que le alumbra un nuevo sol . . . Con los Machados, Enrique de Mesa, fallecido recientemente y Enrique Diez Canedo, forman un grupo de nuevos poetas digno de la mayor atención.

Juan Ramón Jiménez. Nacido en Palos de Moguer, en 1881, es el autor de "Arias tristes" y "Jardines lejanos", sus dos primeras obras, en las que sigue la corriente simbolista, el más grande y exquisito poeta lírico de la nueva generación. Su musicalidad vaga y mórbida, expresiva,

llena de encanto, se acerca a la de Albert Samain. Se ennoblece Juan Ramón día a día: se eleva: encuentra arrobos en el castellano que no parecen de esta lengua dura: quizá su predecesor espiritual sea San Juan de la Cruz. Es un árabe delicado y misterioso: un nervioso suprasensible. Sus poemas son cortos, tiernos, hechos a golpes de gemidos, llenos de efusión. "Eternidades", "Piedra y cielo", "Estío" reúnen sus mejores versos. Tiene un pequeño libro en prosa, "Platero y yo", que es lo más líricamente poético que se ha logrado en castellano. Su esposa ha traducido a Rabindranah Tagore y el poeta indio guarda características emotivas de Juan Ramón.

EL RENACIMIENTO UNIVERSITARIO

El movimiento de renovación del 98 ha coincidido con un estudio fervoroso de las fuentes más secretas de la lengua y la literatura nacionales en España. Los sabios han coordinado sus esfuerzos para avanzar y ponerse a la par con los eruditos extranjeros.

A los Saint Beuve, Taine, Brunetiere en Francia, se les puede enfrentar don Marcelino Menéndez y Pelayo, cuya obra es un monumento de ciencia, de método, de humanismo auténtico. El genial erudito rehabilitó a los pensadores ibéricos: Séneca, Lulio, Hebreo, Sánchez, Vives. Supo encontrar Menendez Pelayo la contribución de España en las grandes corrientes del Renacimiento. Nació don Marcelino en Santander en 1856 y falleció en 1912. Sus dos obras máximas, además de los soberbios prólogos a diversas ediciones de los clásicos, son "Historia de los Heterodoxos españoles" e "Historia de las ideas estéticas en España".

Don Julián Sanz del Río significa al mismo tiempo que la solución de la crisis krausista en España, su despertar universitario. Alrededor de Sanz del Río se agrupó la juventud sedienta de saber. Salmerón y Castelar, del que alguna vez será preciso hablar extensamente, pueden figurar entre los despertadores con el famoso krausista.

Pero el maestro y casi santo de la escuela de Sanz del Río fue don Francisco Giner de los Ríos nacido en 1843 y fallecido en 1915. Filósofo, moralista, pedagogo, don Francisco fue el fundador de la Institución Libre de Enseñanza de donde han surgido el Centro de Estudios Históricos, la Junta para Ampliación de Estudios, y la Residencia de Estudiantes. El puritanismo sano, la austeridad, el ánimo de trabajo que respira hoy la vida intelectual hispana a Giner se deben. Giner es la conquista de la actividad universitaria. La adoración por el maestro que sienten los universitarios españoles es realmente emocionante.

A la escuela de Giner pertenecen Bartolomé Manuel Cossío, descubridor del Greco; el insigne Menéndez Pidal, autor de "La Leyenda de los Infantes de Lara", de la "Flor nueva de Romances viejos", de los dos tomos de "La España del Cid", obra cumbre de la erudición contemporánea. Menéndez Pidal dirige la "Revista de Filología" en la que colaboran espíritus jóvenes y activos como Navarro Tomás y Américo Castro, uno de los maestros del cervantismo.

Y hablando de la tradición universitaria no se puede dejar de mencionar a Rodríguez Marín, el meticuloso erudito que acaba de coronar la segunda edición comentada del Quijote: a Francisco de Icaza que con Alfonso Reyes hace intervenir a América en los estudios filológicos y literarios cosechando triunfos: a don Julio Cejador, talvez el más profundo de los filólogos hispanos, autor de la más documentada de las Historias de la Literatura castellana: a Navarro Ledesma, cervantista fervoroso, estilista admirable.

Para rematar este capítulo está reservada la figura insigne, el recuerdo máximo, a don Santiago Ramón y Cajal. No es al científico, al histólogo excepcional al que este ensayo alude: es el escritor de primer orden que hay en el genio: es al sabio, cerebro poderoso, que desvaneco

esa estúpida idea del divorcio entre las disciplinas literarias y las científicas. Las "Charlas de Café" del maestro constituyen el mejor ejemplo.

CAPÍTULO TERCERO

Se ha intentado en el primer capítulo de este trabajo hacer un recorrido de la literatura anterior al 98, en los últimos años del siglo XIX: en el segundo se ha pretendido concretar un resumen del período denominado del 98, analizando además someramente el renacimiento poético y el universitario en el campo cultural español. En este tercer capítulo se procurará no únicamente presentar un cuadro de la nueva generación literaria, sino también recoger algunos cabos sueltos que se han escapado del capítulo anterior: estos cabos sueltos se refieren al ensayismo, modalidad del periodismo, al periodismo en sí, y además, aunque levísimamente, al teatro.

La nueva generación literaria.

Una segunda racha de individualidades fuertes y fecundas apareció en España al clausurarse la Generación del 98. Esta generación nueva, sin embargo, no parece unida por las mismas preocupaciones como lo estaban la de Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu. Se diría que se ha enfrentado menos dolorosamente a la agudez del problema nacional: el derrotismo, la tristeza del derrotismo, como si se hubiera quedado en la estacada. Parte de los hombres que formaron el nuevo grupo ha tomado en diversas ocasiones una actitud apolítica, olvidando su españolismo en provecho del europeísmo.

A pesar de esto se advierte hoy una tendencia contraria: se aprecia la rectificación. En general, la nueva generación no piensa con los directores de la cosa pública en España y de aquí su preocupación, el empeño de sus elementos en hacer política intelectual, en no eludir el problema social, encerrados en una lamentable torre de mar-

fil. En los recientes tiempos de la dictadura Ortega Gasset renunció su cátedra, Fernando de los Ríos hizo lo propio, Jiménez Asúa rompió lanzas políticas en conferencias y en artículos, Sánchez Román, el joven y admirado civilista, se separó de la Universidad Central de Madrid y se distinguió en el movimiento en pró del estudiante. . . . Algunos que se tenían por avanzados vacilaron, se unieron a los adaptados o adaptables, en venta de decoros, refugiándose en una posición ambigua.

Lo que es indudablemente difícil es establecer generalizaciones, lazos de unión, alrededor de un grupo de escritores que está todavía en la mitad de su carrera literaria.

Si en el capítulo anterior se procuró delinear retratos guías de la generación, en éste se va a proceder de la misma manera : Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, Gabriel Miró, Eugenio d'Ors, Ramón Gómez de la Serna ofrecen motivos singulares de concreción para el fin de este trabajo.

Ramón Pérez de Ayala. Ha nacido Ramón Pérez de Ayala en Asturias, tierra de bruma, lindante con la céltica Galicia: se ha educado en un Colegio de Jesuitas gallego; quizá su tierra de origen, celta, le ha llevado a encariñarse con Inglaterra. Es un devoto de Inglaterra. Ha viajado por los Estados Unidos. Está casado con una dama norteamericana. Ha cultivado la poesía, el ensayo, la novela, la crítica teatral. Se presentó en el estadio de la literatura con dos libros de versos: el mejor es "El sendero Innumerable". Sus versos son simples, ingenuos, con un sentimiento de la naturaleza delicado y sutil y una honda filosofía: se diría un Jammes. No ha olvidado, a través de su vida de literato Ramón Pérez de Ayala, su cariño a los renglones cortos: los incluye como prólogos o explicación a algunos de sus novelas y de sus cuentos.

Sus trabajos de crítica teatral están reunidos en dos tomos titulados "Las Máscaras": otros ensayos en un libro, "Política y Toros", porque Pérez de Ayala es un

aficionado a la denominada fiesta nacional española, que intenta espiritualizar e intelectualizar, hallándole ciertas normas de belleza. Sus artículos en contra del teatro benaventiano hicieron época y puede decirse que inauguraron una etapa crítica minuciosa y desapasionada que ha sido conveniente en el teatro español, aunque los frutos no se recojan todavía.

Las novelas esenciales de Pérez de Ayala son: "A. M. D. G." o la vida de un muchacho en un colegio de Jesuítas: "La pata de la raposa": "Troteras y Danzaderas" que forman un conjunto con ribetes autobiográficos: "Belarmino y Apolonio": "Luna de miel, luna de hiel" y "Los trabajos de Urbano y Simona", de lo más logrado del autor y "Tigre Juan" y "El curandero de su honra", otra obra como la anterior en dos partes, lo último de empeño rematado por Pérez de Ayala. Añádase a esto una serie de soberbios cuentos entre los que descuellan "Prometeo", "Luz de Domingo" y "La caída de los Limones", que constituyen verdaderas novelas poemáticas.

Hombre en plena madurez, Pérez de Ayala prosigue su labor sin descanso en periódicos y revistas y en la Real Academia Española de la Lengua, de la que es miembro desde hace unos años.

Como Maeztu, como Marañón, ha sentido la preocupación del donjuanismo habiendo dedicado al tema sugestivo ensayos.

Es oportuno, conocidos estos detalles externos sobre la persona y sobre la obra, procurar un análisis interno de esta personalidad inquietante.

Dos trazos caracterizan inmediatamente a Ramón Pérez de Ayala: en primer lugar, su ciencia en el arte de escribir, ciencia que posee con absoluta naturalidad y en grado extraordinario; después, su temperamento agudo, pérfido, mordiente, que se acerca a la malignidad. Así rápidamente dibujado—gramática y malicia—se da Ramón Pérez de Ayala cierto aire de silueta a Abel Hermant.

Su manera de escribir no desaprovecha ninguna fuente de sensibilidad, no olvida ningún recurso: su vocabulario es inexpugnable: su estilo riquísimo, de una naturalidad que aturde y con un matiz de barroquismo cuyo origen se puede encontrar en su educación jesuítica, barroquismo que es la gloria de este grupo de hombres—los jesuitas—para el que parece poco decir que forma una comunidad de carácter religioso. El encanto de la frase de Pérez de Ayala, curva y dirigida con máxima inteligencia, reside en que recoge en sus meandros miles de intenciones malignas: es muy jesuítica. Jamás la frase de Pérez de Ayala es plana, jamás habla para no decir nada. Su retórica—tómese el término en su alto sentido estético—es de plenitud, repleta de sustancia de espíritu.

Como se ha apuntado más arriba, posee una cultura inglesa intensa y algo de su sutilidad se debe a los humoristas ingleses: mas ante todo es un humorista español Ramón Pérez de Ayala. Es bastante complicado y abstracto señalar los distintivos del humor español en comparación con el inglés y el alemán. Estas dos últimas formas del humor consisten principalmente en una manera lenta, sabia, un tanto pomposa, un tanto pedante, de decir las cosas. La afectación es menos perceptible en Cervantes, en Pérez de Ayala, que en Swift, que en Twain y la intención se diría mejor lograda en los primeros. Ese aire imperturbable de don Quijote o de los rufianes de las Novelas Ejemplares es de un matiz exquisito. El autor como que se escondiera, permaneciera misterioso y no se supiera bien donde terminara la zona de lo serio para penetrar en lo humorístico. Este es el secreto de Pérez de Ayala. La perfección estilística de Pérez de Ayala no es más que esa forma burlesca, tan grave y tan sutil. Se nota en sus libros una risa contenida, profunda, que se comprende sin estallar en la carcajada. Así, es contra sus primeros maestros contra los que afila sus primeras armas: ahí está esa ironía feroz de "A. M. D. G." Y es que en el fondo en Pérez de Ayala hay un cura y un torero, como ha dicho Jean Cassou. Por eso es tan difícil

entender a este autor en traducciones: porque se pierde el matiz, la burla cruenta, esa sombra de la mandíbula prominente característica no sólo de la faz, sino también del alma de Pérez de Ayala.

“Belarmino y Apolonio” es uno de los libros más profundamente bufonescos de la literatura española de todos los tiempos. Adquiere en él el humor una grandeza desesperada. Es una sátira cruelísima de costumbres, de prejuicios, de conocimientos: en “Belarmino y Apolonio” hay mucho del genio de Cervantes.

Con Ramón Pérez de Ayala se regresa a las casas de huéspedes, éstas del Pío Cid de Ganivet o las de las novelas de Galdós, que son tan decorativas. “Troteras y Danzaderas” conserva la tristeza y la delectación de lo autobiográfico, como se dijo en los comienzos de este acápite.

En Pérez de Ayala se halla la moral amarga, melancólica, brutal, del Arcipreste de Hita y de la Celestina. Hay momentos en el pensar de Pérez de Ayala de contradicción, en que la resignación religiosa y alegre encuentra razones a la naturaleza y se acerca a ciertas almas frescas y primaverales: oasis en el desierto de este cerebro maligno. Tal vez esas deserciones de su ideario sean las que hagan de Ramón Pérez de Ayala una de las figuras más inquietantes y originales del minuto literario actual de España.

José Ortega y Gasset. José Ortega y Gasset ha nacido en Madrid, en el año 1883: su formación intelectual se hizo en Alemania. Hijo de periodista notabilísimo—don José Ortega Munilla—desde la infancia respiró atmósfera de cultura. Es en la actualidad profesor de Metafísica de la Universidad de Madrid: el mes de Marzo del año pasado abandonó su cátedra disgustado por la actitud del Gobierno de la Dictadura en el conflicto de los estudiantes; mas al caer el General Primo de Rivera regresó a su labor de profesor.

Ha publicado multitud de ensayos y de obras de crítica: lo esencial está incluido en los ocho tomos de “El

espectador", publicación análoga a las que hicieron Feijóo y Larra, periódico sin fecha fija, obra de un solo autor: en "La deshumanización del arte"; en "Meditaciones del Quijote": en "Las Atlántidas"; en las biografías de Mirabeau y Kant: además dirige la "Revista de Occidente", muestra exquisita y enterada de la intelectualidad española.

Ortega y Gasset es la inteligencia más delicada, más sutil de la nueva generación: es el espíritu que más profunda huella dejará en la formación de los cerebros nuevos. Es curiosa su mezcla de alemanismo, de filosofía abstracta y su claridad netamente latina. Su estilo es prodigioso, lo que hace de él, clasificado entre los filósofos, un maravilloso literato.

Ortega es el catador formidable de la disociación de ideas. Examina cada idea bajo aspectos tan suyos, tan originales, tan sorprendentes, que el espíritu se detiene de continuo ante nuevos horizontes descubiertos por este cerebro genial y se pierde en una nueva y estupenda dirección.

Incomparable artista, Ortega y Gasset no le tiene miedo a la frivolidad: ama colocarse en el punto de vista actual, plenamente actual; se ingenia para situarse en el examen del problema en esa posición meridiana, que Nietzsche determinó tan cruelmente. Este gusto de actualidad, esta actitud de espectador, este interés en no dejar pasar nada por alto, ninguna de las oscilaciones del pensamiento del mundo, sin registrarla amorosamente, es en España algo nuevo, que ha exigido la necesidad de órganos nuevos. Por eso es Ortega un solitario, por eso se justifica su adanismo que él ha definido y del que se ha hablado en el primer capítulo de este trabajo. Ortega está hecho para recibir, para dar contactos, para guiar, para instruir. Es un nuevo Platón en un nuevo Academos, cuando discurre noche a noche, en el saloncillo de la "Revista de Occidente".

Los movimientos poderosos de la moderna filosofía alemana, lo que significan Simmel, Keyserling, Spengler, Max Scheller, han penetrado en España y aún en los países todos de habla castellana, con Ortega: los cerebros que discurren en castellano han encontrado nuevos alimentos merced a este espíritu admirable.

Ortega y Gasset es además un conferenciante excepcional: posee un extraordinario dominio de la frase y una elegancia en el estilo y una claridad de exposición que hacen de él el conferenciante ideal.

Es posible que le tiente la política pero su ánimo especulativo en grado sumo le impedirá el hacerse de partido. Quiere Ortega dar a España una conciencia civil; pero su idea muy alemana de que España está hecha de los elementos débiles y perezosos de los germanos, le lleva fácilmente a la decadencia, a una perpetua decadencia. Ortega ha explicado esta enfermedad española con sobra de interés en las "Meditaciones del Quijote" y en "España invertebrada".

Su mentalidad es bien distinta a las mentalidades del 98: Ortega es friamente científico: es el inventor de una crítica relativista, viva y elegante. Su posición es de continua respuesta: tiene la avidez de responder, de explicar.

Sin duda alguna Ortega y Gasset completa la sensación de España, le da un aire de civilización del que carecía. Y en su fondo hay un gusto muy peninsular de soledad, de independencia, de adanismo, como él mismo ha dicho....

Eugenio d'Ors. De origen cubano y catalán, Eugenio d'Ors ha nacido en 1882. Comenzó escribiendo en catalán sus Glosarios en "La veu de Catalunya": fue el niño mimado de la Mancomunidad, institución regionalista catalana; mas pronto se disgustó con esta entidad y no ha vuelto a escribir en catalán: es el castellano, un castellano peculiarísimo, el que utiliza en sus ensayos y libros de imaginación. Entre estos últimos se destacan "La bien plan-

tada" y "Guillermo Tell". Pero su labor principal está en los glosarios, en las guías de museos, en sus ensayos en general. Su estilo es misterioso, de ritmo apasionado, a veces impasible; un acento donde sus orígenes diversos—Cuba, Cataluña, Alemania, Castilla—apenas se reconocen.

Eugenio d'Ors es un fervoroso viajero; recorre museos, trabaja sin descanso. Y es Cataluña la que le inspira los temas espirituales bajo los que ha construido su euro-peísmo.

Hay momentos en que d'Ors recuerda a Renan en su oración de la Acrópolis. Es plástico y académico, fuertemente atraído por los museos. Tal vez su más marcada tendencia, bien germana, es la de la sistematización, y de ahí su clasificación de las formas en formas que se apoyan y formas que vuelan: las que se apoyan, concretadas en la columna, las que vuelan, en el árbol.

Sus definiciones de lo barroco, pariente de lo romántico, del conceptismo y del gongorismo, uniéndolos a la pintura de Rubens, son teorías que han atraído la atención de los cultos.

La mayor habilidad de Eugenio d'Ors es la de escoger, extraer esencias, uniendo en su palabra la musicalidad cubana al genio mediterráneo. Es un civilizado de tipo diferente al civilizado del 98, más próximo al estilo de Ortega.

Una glosa de Eugenio d'Ors es un todo completo en el interior de otro. Todos los elementos, el estilo encantador, la ironía, las facetas sutiles, están perfectamente dosificados y calculados.

Eugenio d'Ors es un admirable conversador que une a su cultura, fervor intelectual, ingenio, amor a las formas, ideas de un calor singular y raro.

Gabriel Miró. Nacido Gabriel Miró en Alicante en 1879 es un espíritu afín al de Azorín. Ambos levantinos,

comprenden un arte concreto, de observación, de humildad, que no se eleva pero que es exquisito. Meticuloso y limitado hasta la locura, su obra no es extensa.

A Gabriel Miró lo reveló un cuento, "Nómada", premiado en un concurso de hace dieciocho años, y a "Nómada" siguieron otros cuentos sutiles, otras obras que parecen miniadas por algún artista del Renacimiento: "Las cerezas del Cementerio", "El Obispo leproso", "Las figuras de la Pasión", "Nuestro Padre San Daniel"; "Humo dormido" "Niño y grande", "El libro de Sigüenza". Su prosa es regular, cuidada, lenta: el estilo parece tallado, esculpido. No sobra ni falta nada en sus páginas, pero es un escritor que nunca será popular.

Sus paisajes y sus figuras de la Pasión se resuelven en su tierra natal: su Palestina es Alicante. Jerusalén puede ser un pueblecito levantino, una de esos pueblecitos deliciosos: Santa Pola, Elche, la Santa Faz. . . .

Miró se encierra en su ermita borracho de sensibilidad y allí trabaja su obra. La frase de Miró es lenta y succulenta: se detiene en sabrosas contemplaciones. Da la impresión de que sus libros se gustaran, se olieran. Miró es un rico organismo sensitivo, todo perfumado con esencias de provincia española, de clericalismo irónico. Es un caso de voluptuosidad constante. No utiliza la metáfora: la sustituye con sugerencias. Posee una ternura franciscana, un cándido vigor. Sus cualidades esenciales son: tristeza, inocencia, calor.

Miró le da a la prosa miles de posibilidades: es un orfebre, pero cansa, es monótono. Se lee demasiado despacio porque escribe como si desfilara una película entera ante los ojos en "slow motion". . . .

Ramón Gómez de la Serna. No se halla en Ramón Gómez de la Serna ni el intelectualismo de Ortega, ni la malignidad de Pérez de Ayala, ni la minuciosa voluptuosidad sensitiva de Miró, ni la sistematización académica de Eugenio d'Ors: Gómez de la Serna es la vida, es la acti-

tud vital. Nacido en Madrid en 1891, publica su primera obra "Entrando en fuego" en 1904, a los trece años. A este volumen siguen sesenta, setenta, más y Ramón Gómez de la Serna no ha llegado a los cuarenta años. Es un trabajador intenso, incansable: al estudiarlo viene a la mente el recuerdo de los clásicos, de un Lope, por ejemplo, tan prolífico como Gómez de la Serna.

Ha publicado teatro, novelas, prefacios, cuentos. Es un enamorado del circo, llegando un buen día a dar una conferencia sentado en un columpio de acróbatas....

Ramón Gómez de la Serna no hace concesiones: es adánico, una legítima explosión. Hay que aceptarlo como a Lope, como a Teresa de Cepeda, siguiéndole en sus furros sin desvanecerse en sus transportes.

La literatura española no es metódica, es instintiva, levantándose de repente después de largos sueños: Ramón es uno de de esos despertares, es un ansia de vivir.

A Ramón Gómez de la Serna hay que buscarlo en Madrid, en su Café de Pombo: la mesa que él ocupa con sus amigos tiene por fondo un cuadro tétrico de Solana, el pintor de los ocrés. Se rodea de maniáticos, de locos, de desquiciados, de versificadores. Los gritos de Ramón, sus patillas a lo 1830, su sonrisa a lo Douglas, causan enorme impresión. Con él están Goya, vestido como Stendhal, con su nariz de Beethoven; Figaro. En el espíritu de Ramón Gómez de la Serna hay mucho de Goya: la imaginación absurda, la hipótesis pueril, la greguería, parecen escaparse de los Caprichos de don Francisco. Todo en Ramón Gómez de la Serna es inesperado: le encanta el desorden, simpatiza con todo, no se pierde jamás. No hay que buscar en su obra perfección—como no hay que buscarla en Lope—: su obra es indefinida, monstruosa, como su autor. Ramón ha dedicado libros a las estrellas de la noche, a la aurora, a los senos de las mujeres, a los barrios bajos de Madrid, a su café de Pombo: a este café nada menos que dos, de trescientas páginas cada uno.

Hay una enorme seducción, una sinigual ternura en esta locura de Gómez de la Serna: si no fuera impetuoso, sería melancólico, desesperado. El se ha definido maravillosamente: ha dicho: "Es preciso decir todas las frases, soñar todos los sueños, anotar todas las realidades, recorrer lo más a menudo que sea posible el mundo, el mapa del mundo que debe de entenderse de una vez..."

Ramón Gómez de la Serna es sincero, es grave, es cordial, en su humorismo. Entre sus novelas últimas pueden citarse "La viuda blanca y negra" y "La villa de Palmira." No hay en Ramón disciplina: sino fuera extraordinaria su obra sería evidentemente catastrófica.

Ramón se contenta con vivir.... Y cómo vive.... Es generoso de sus fuerzas en sus libros y en su vida....

Periodistas y ensayistas

Una de las particularidades de la vida intelectual española es la importancia del periodismo. Cada escritor se desdobra en periodista y es incalculable el número de artículos que entrega a los linotipos. Los libros tienen un público restringido, las revistas viven difícilmente: el trabajo lento y reflexivo del gabinete encuentra poco eco. Así en cada escritor español hay un deseo de conversación, un abandono, una generosidad indiferente y simple.

Los grandes escritores, Unamuno, Ortega, Pérez de Ayala, Azorín, d'Ors, se mezclan familiarmente en las polémicas, en las aventuras de gacetas y de diarios. Además los periódicos de Buenos Aires, principalmente, y algunos de Chile y el Perú, ofrecen sus columnas con artículos bien remunerados a todas estas actividades. Muchos de los libros de estos escritores han sido antes artículos de periódicos. Hay que añadir que los periódicos españoles acogen artículos que pudieran incluirse en revistas especializadas con delectación.

El género ensayo ha adquirido particular importancia en los últimos años en los grandes diarios españoles:

“El Sol”, por ejemplo, recoge en folletones soberbios ensayos de los escritores más renombrados que no tienen que reducirse a la revista, en general de poca importancia intelectualmente en España, con ligeras e interesantísimas excepciones. El ensayo se provee de cierta dignidad, de cierta profundidad, de las que carece el artículo volandero.

Ensayista y admirable ensayista es Ramiro de Maeztu. Y puede decirse que su labor ha sido de las influyentes en la juventud intelectual española, sobretudo la de la primera época. Nacido en 1875, ha pasado grandes temporadas en Inglaterra bebiendo la literatura inglesa en las mejores fuentes. Andrenio ha dicho de él que si tuviera el don de reir sería el Chesterton español: es justa la definición de este escritor paradójal y puritano. El mejor libro de Maeztu es sin duda “La crisis del humanismo”: también es admirable su ensayo acerca del Quijote, de Don Juan y la Celestina. La debilidad de Ramiro de Maeztu aceptando un cargo del Dictador español, el de Embajador en la Argentina, causó honda impresión en los cerebros jóvenes que lo admiraban y lo seguían cual a un apóstol.

Salvador Madariaga, otro de los ensayistas de empuje de España, se halla como Maeztu influenciado por la literatura inglesa. “La girafa sagrada” y “Arceval y los ingleses” son sus mejores libros. Vive Madariaga en la actualidad en Ginebra. Su estilo es agradable, simple en la forma, mostrando la obsesión de la confrontación de psicologías.

Luis Araquistain, novelista y dramaturgo, sobresale como ensayista. Dirigió un tiempo una hermosa revista, “España”, y en ella publicó admirable ensayos. Acerca de América ha compuesto varios libros de ensayos: quizá su impresión, con el prejuicio imperialista ejercido por los Estados Unidos, sea en exceso apasionada, falta de meditada observación. Su teatro tiene un marcada tendencia ibseniana, francamente grata.

Es necesario mencionar aunque no sea más que de pasada otros ensayistas notables. Que sea el primero Gómez de Baquero, Andrenio, fallecido recientemente, espíritu cultísimo, lector y crítico profundo, mentalidad sobresaliente. No es posible olvidar entre los ensayistas y periodistas del día a Gregorio Marañón, el médico eminente, escritor de honda sensibilidad; a Félix Lorenzo, a Julio Camba, a Corpus Varga, a Cansinos Assens, a Melchor Fernández de Almagro, el crítico teatral de exquisito gusto, a Fernando de los Ríos, el docto profesor, a José María Salaverría protético y tan de hoy. De seguro esta enumeración es escasa y hecha demasiado a la ligera: discúlpese, y téngase en cuenta la brevedad del trabajo y la condición de este acápite sujeto a la dinámica más marcada.

El Teatro

Pocas líneas se han de dedicar al teatro, en plena decadencia actualmente. Las traducciones abundan y en España no se intenta la renovación escénica. La tradición teatral española está apagada, difusa, indecisa. Nada se encuentra por la patria de Lope comparable a un Pirandello, a un Sutton Vane, a un Shaw, a un Cocteau, a un Reinhart, a un Meyerhold, a un O'Neill mismo. Los actores son buenos pero no geniales. Los verdaderos artistas españoles se encuentran entre las bailarinas y las cancioneras.

Jacinto Benavente es sin duda el valor más positivo del Teatro español y no se puede definir como una lumbrera. "Señora Ama" es una hermosa comedia y los dos primeros actos de "La Malquerida" pueden ser considerados buenos. "Los intereses creados", comedia de tendencia filosófica, se anuncia magistral en el primer acto, y luego el segundo desmerece lamentablemente. Sus primeras obras, las de hace veinticinco o treinta años, despertaron una curiosidad justificada porque España vivía al margen del teatro europeo: de otro modo no se puede ad-

mitir la sorpresa de "La Princesa Bebé" o la "Noche de Sábado", cuya atracción se fundaba en un cosmopolitismo sentimental sin originalidad alguna. Los distintivos del teatro benaventiano son malicia satírica, gracia, ligereza, melancolía, mezcladas en un diálogo correcto y en exceso conceptuoso. En veces recuerda las comedias de boulevard parisinas. Nacido en 1866, obtuvo el Premio Nobel hace unos años. Goza de una inquietante fama de mefistofélico y sus frases corren de boca en boca en las tertulias literarias madrileñas como modelos de hiriente mordacidad.

Otros cultivadores del teatro son: Gregorio Martínez, Sierra, autor de una comedia ñoña, muy alabada en su día porque guardaba cierto sabor dramático: "Canción de cuna": los hermanos Alvarez Quintero, fáciles saineteros andaluces, con alguna obra maestra en el género: Carlos Arniches, también sainetero, de un auténtico instinto de teatro que tiene justo renombre.

El teatro denominado poético reúne sus cultivadores: por supuesto este teatro no es de los que llama público: Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa figuran en este grupo. También Goy de Silva con sabor materliniano: Grau, el más inquietante y original, autor de "El señor Pigmalión" y "El Conde de Alarcos" de lo mejor de la última época: López Alarcón con "La Tizona"; los Machados con "Don Luis Mejía" y sobretodo "La Lola se va a los puertos..." acertado intento de teatro poético popular, ya mencionado.

Unamuno y Azorín, entre los dioses mayores de la literatura castellana actual, han echado su cuarto a espaldas en la escena: no les ha acompañado el público. Quizá por defecto de las obras, talvez por lo maleado del ambiente, merced al momento de decadencia teatral.

EPILOGO

La joven generación

La juventud española de la última hornada parece alejada del prurito de reconstruir la conciencia nacional:

quizá no ha llegado el minuto de estas meditaciones imprescindibles en la madurez, y llegue dentro de unos años. Por lo pronto es de notar que Europa, anteriormente tan divorciada del empeño literario español, acoge a los jóvenes literatos castellanos con cariño, sobre todo París.

Esta novísima generación respeta a los escritores del 98, pero ni los admira, ni los comprende. Unamuno es la única excepción y esto con un sabor político, de avanzada, marcadísimo. Los maestros de los jóvenes son: Ortega, que les ha acercado a la cultura europea; Juan Ramón Jiménez, cuyo ideal poético es aristocracia de sentimientos y finísima pureza; Eugenio d'Ors, con su intelectualismo irónico y claro; Ramón Gómez de la Serna que acepta la vida tan alegremente. Ha escogido la juventud maestros de técnicas puras.

La corriente lírica se ha henchido de gongorismo: ha contribuido a ello la resurrección de ciertas obras del cordobés con motivo de su tercer centenario. Jorge Guillén es sin duda el más puro de los gongoristas, el que mejor ha acertado a interpretar, con el espíritu de hoy, la gracia breve y nerviosa del maestro.

Federico García Lorca en su "Romancero Gitano" y en "Canciones", ha seguido esa veta maravillosa que también sedujo a Góngora el de los romances y su musa es fresca y sabrosa. Rafael Alberti es otro lírico que ha triunfado en varios libros y sería pena se desviara en ánimo de extravagancias: "Sobre los ángeles" es un hermoso breviario.

Mencionar a Pedro Salinas, el traductor de Proust, al hablar de la joven generación es obligatorio: Salinas es también poeta inquietante, siguiendo la huella de la nota íntima que cultivara Antonio Machado.

En el grupo de los jóvenes figuran con merecimientos dignos: Jarnés, el más hecho de los novelistas, Antonio Espina, Marichalar, Gerardo Diego, exquisito poeta, Bergamín, Moreno Villa, Giménez Caballero el fundador y el

alma de la "Gaceta Literaria", Guillermo de Torre, comentarista de las vanguardias, culto y discreto, Cossío mentalidad cultivada.

Hora es de hacer punto, de dar por terminado este pequeño trabajo, bosquejo o base para estudios más detenidos que el autor no piensa olvidar entre sus cuartillas de apuntes: la literatura española contemporánea ofrece campo donde explorar, sugestivo e inquieto. Las florecillas abundan y no falta el riego, porque el arroyo de la poesía se presenta límpido, rumoroso....

Fin.

Panamá, Mayo de 1930.

BIBLIOGRAFÍA

Cejador: "Historia de la Literatura Española".

Fitmaurice Kelly: "Historia de la Literatura española".

Méndez Bejarano: "Instituciones de Historia Literaria", tomo II.

Silva Uzcátegui: "Historia Crítica del modernismo en la literatura castellana".

Hurtado: "Historia de la Literatura Española".

Cassou: "Panorama de la Litterature Espagnole".

J. J. Remos: "Curso de Historia de la Literatura castellana".

Andrenio: "De Gallardo a Unamuno".

" : "Pen Club".

Deleito: "El sentimiento de tristeza de la Literatura contemporánea".

Guillermo de Torre: "Literaturas europeas de vanguardia".

Salvador Madariaga: "Semblanzas literarias contemporáneas".

José A. Balseiro: "El vigía", tomos I y II.